



EL BARCO
DE VAPOR

Papelucho

casi huérfano



sm

Marcela Paz

Marcela Paz

Papelucho casi huérfano

Papelucho 02

www.chilecomparte.cl/xstar



Antes yo siempre escribía mi diario, pero un cabro de la clase me lo tiró a la basura y ya no escribí nunca más.

Un buen día, llegó un señor a verme. Era un señor con cara de águila y miles de arruguitas debajo de los ojos. También tenía una camisa con caracoles y la nariz con pelitos asomados.

—Papelucho —me dijo—. Me ha costado trabajo dar contigo... Fui yo el que encontró tu diario en la basura, y ahora es todo un libro. ¿Has seguido escribiendo?

—No.

—Eso me parece mal. Te he traído un precioso cuaderno con tapas de jabalí, para que sigas escribiendo tu diario.

—Muchas gracias —le dije. Era una pena pensar que esas tapas habían sido un verdadero jabalí y este señor lo aplastó para hacerlo un puro cuaderno. ¿Por qué no me traería el jabalí mejor?

—¿Usted es explorador? —le pregunté.

—¿Explorador? Bueno, en cierto modo —dijo—. A veces se encuentran tesoros en un basural...

—¿y el jabalí?

—¡Ah! Te refieres a mi regalo... Bueno, me pareció justo buscar lo más valioso en la materia para regalarte. Es muy escaso encontrar una encuadernación como esa. Pero para tu diario...

—Para otra vez me trae el jabalí. No pienso escribir más mi diario...

Me da mucha rabia ver que los hombres son tan injustos con los animales. Y creo que es de pura envidia. Porque los animales no tienen que hacer tantas tonteras como ellos: no tienen que cortarse el pelo ni las uñas, ni andar limpios, ni pagar cuentas, ni trabajar, ni hacer tareas, ni ser ricos, ni enfermarse, sino que simplemente se mueren y se acabó. Y tampoco tienen alma y eso es una cuestión con que uno nace sin que le consulten siquiera. Y el alma es una cosa que estropea muchos programas. Sería bueno podérsela sacar y poner, como los zapatos nuevos que aprietan o se estropean.

—¿Qué no piensas escribir más tu diario? —el señor de cara de

águila casi hacía pucheros. Se veía que no era muy hombre, y no daba lástima, sino lo contrario.

—No pienso —le dije— y si quiere le devuelvo su regalo.

—De ninguna manera —dijo poniéndose chinchoso—. Es tuyo. Pero sobre la cuestión de tu diario voy a proponerte un negocio.

—¿Un negocio?

—¿Algo que te dé interés en escribir. Por ejemplo, ¿te vendría bien tener unas diez lucas?

Apenas lo dijo, me acordé de ese pollo asado en la vidriera de la fiambrería, de esa máquina fotográfica, de ese rifle...

Total que no por interés de la plata, sino de las cosas que voy a comprar con mis diez lucas ahora escribo mi diario otra vez.

Y cuando le dije que sí al señor, se puso tan feliz que habló con mi papá, mi mamá y la Domitila y a todos les dio por mirarme como si yo fuera telenovela. Y todo lo que yo decía lo encontraban original. Y me daba un poco de rabia, porque yo no conocía más que al pecado original. Pero después supe que había gente original también y que Cantinflas era como yo y me consolé.

Y cuando por fin se fue, casi le cuento a mi mamá que me habían prometido las diez lucas. Pero ella estaba tan injusta, retándome porque se me habían roto los zapatos, que ni pude decírselo.

Fui feliz todo el día, pero mi papá estaba rabioso y no me dejó gozar de la vida. Lo que pasa es que él está un poco pobre... Y a mí ni me importa no comprarme el pollo y las demás cosas por ahora con tal de darles la sorpresa de mis diez lucas.

¡Cómo se van a arrepentir de haberme retado! Debe ser terrible ser injusto con un hijo que les da tanta felicidad como la que yo les voy a dar.

Y después, cuando los vea contentos y con plata, escribo otro diario y me doy gusto yo con lo que me paguen, y ¡listo!

El otro día mi mamá le decía a alguien que estamos en la miseria y trataba de llorar o cosa por el estilo y a mí me dio mucha pena pensar que estamos en la miseria y que esto es la miseria,

aunque no se nota mucho. Porque algunos creen que la miseria es con frío y harapos y hambre, pero en realidad hay de todo igual que antes, lo único es que eso que hay es “a la cuenta”.

A uno lo encuentran flacuchento y los chiquillos le andan poniendo nombres, pero es que uno se preocupa de pensar que sus padres no tengan ni un peso y dicen que las preocupaciones matan y sería terrible morir tan joven. Uno tiene tanto por venir. Yo no quiero morir de eso todavía y por eso tengo que distraerme y tomar helados o salir. Lo malo que hay es que el padre de uno es algo que está ahí como un dedo apuntando y si a él le va mal, ese dedo se pone como un aviso luminoso y nos persigue y todo se ve igual y cuando uno come helados les encuentra gusto a dedo y cara de padre de uno. Es muy atroz.

Lo bueno de ser pobre es: 1° que uno no va al colegio el último trimestre; 2° no importa si a la casa se le caen pedazos o se rebalsan los lavatorios, porque es casa antigua, y 3° no hay necesidad de andar pituco. Y lo malo es que los papás dale con que no hay plata ni para helados. Total que yo decidí poner un taller de composturas y puse un letrero en la puerta que dice: El componedor mágico, se arregla de todo: “Papelucho y Co., Limitada y Anónima” y me trajeron una silla rota y le amarré bien la pata, pero después vino la cocinera de al lado y quería que le arreglara su reloj y claro que no tenía remedio.



Resulta que en la tarde vino un inspector de esos que andan por ahí con la tontera del comisariato. Y me preguntó si tenía patente de negocio y aquí y allá y que el parte y que la multa.

Hasta que total, que yo le di el frasco de mermelada que había guardado mi mamá en el armario. Peor era que me llevara preso, pensé. Así que cuando llegó mi mamá yo le dije:

—¿Quién hizo las leyes? Yo creo que debe haber sido un perverso, porque si no las hubiera hecho, nadie estaría preso...

—Pero no habría manera de defenderse —dijo ella sorbiendo el té.

—De defenderse ¿de qué? Así que tú encontrarías que tienen razón si mañana toman preso a papá por la cuestión de la ley...

—¿Por qué dices eso? Tu papá no hace nada en contra de la ley. ¿De dónde has sacado semejante disparate? —y siguió hablando y hablando y sorbiendo y hablando cada vez más ligero y poniéndose

colorada de nervios y me preguntaba quién me había dicho eso y etc., etc.

Y yo también me contagié de verla y no sabía lo que pasaba y quería explicarle que podía ser yo el preso, pero ella no me dejaba, y dale con seguir hablando y hablando. Al fin le pude decir que ya no había mermelada porque yo la había tenido que dar para no ir preso.

—¡Explícate! —me dijo con cara de insulto y se me quitaron todas las ganas de explicarle. Entonces Javier le contó lo del inspector y a ella le vino el estérico y dale con reírse y reírse hasta que la Domi le trajo las píldoras.

En fin, que uno más vale que no tratara de ayudar a los grandes porque es inútil entenderse con ellos. O sale mal o le largan un tremendo reto y más vale no tratar...

Octubre 4

Resulta que anoche sonó el teléfono y era para avisar que se había muerto el tío Tristán. Javier recibió el recado y cuando lo contó en el comedor, alguien dijo: “¡Al fin!” o puede haber sido: “¡En fin!”. En todo caso mi papá y mi mamá salieron al tiro y ella se puso el abrigo negro que tenía en venta y que quería que le comprara a plazo la Domi. Y después llamaron diez personas más para avisar que se había muerto el tío Tristán. A la once vez que sonó el teléfono antes de que me lo dijeran, yo dije: “¡Ya sé que murió el tío Tristán!” y una voz me contestó: “¡Mocoso insolente!” y cortó.



Dice la Domi que a nadie le falta un tío millonario en caso de apuro y que el tío Tristán era tan rico porque era demente y no tenía ninguna idea en la cabeza, dice la Domi, ni siquiera la de casarse. Pero que a cambio de hijos tiene sobrinos, familia y lo demás, y parece que ahora vamos a ser requetemillonarios. Igual que en los libros, justo cuando nos moríamos de pobres, ¡zas! Nos volvemos millonarios.

—Capaz que nos metan en el colegio otra vez —le dije, pero la Domi piensa que si somos tan ricos no necesitamos educarnos mucho porque en todo caso no vamos a trabajar.

Total que con Javier casi no dormimos haciendo la lista de las cosas que vamos a comprar mañana.

Octubre 5

Parece que estamos de luto porque se murió el tío Tristán. Lo malo es que todavía no le entregan la plata al papá, así que no podemos comprar. Hoy vino una señora a dar el pésame y cuando la Domi nos dijo que veía a eso, fuimos a ver cómo lo daba. Mi mamá parecía muy triste, así que pensé que algo le pasaba y sobre todo cuando nos dijo:

—Lindos, por favor váyanse a jugar...

—No tenemos a qué jugar —dijimos.

—Por favor, lindos... —suplicó.

Javier la miró asustado y después dijo que queríamos ver el pésame que le iban a dar y la visita soltó la risa y la mamá se hacía la que se reía; pero yo creo que tenía algún dolor, así que no me moví porque pensé que podía darle un ataque y quería esperarlo. Entonces ella dijo:

—Cámbiate el pantalón, hijito, está roto...

—Usted sabe que no tengo otro —le dije y me senté en la rotura. Entonces me dio un tremendo pellizco y yo grité de dolor y ella me miró con ojos de loca y yo me fui. Y tenía tanta rabia cuando me encerré en mi cuarto, porque quería entenderla y entenderla y al último se me pasó la rabia porque no la pude entender jamás.

Apenas se fue la visita, mi mamá vino a buscarme y ya me iba a retar cuando por suerte me acordé de ese día en que me dolió tanto el estómago y le conté sin decirle que era el año pasado.

Entonces armó el escándalo de que me fuera a la cama, que el caldito y el pan caliente en el estómago. Y ahí quedé yo metido, y el pan estaba rico y bien quemadito y crujidor. Pero es más aburrido acostarse en verano y también no poder comer ni helados. Por suerte la Domi me trajo un cartucho de caramelos de limón para matar el hambre; pero me suenan las tripas y de pura desesperación me comí el queso de la trampa que estaba limpiecito porque si el ratón lo hubiera probado se habría quedado preso.

Octubre 10

Parece que somos millonarios, pero es igual a la cuestión miseria: no se nota nada. Todo es ídem que antes y no hemos podido comprar lo que necesitamos. Javier ya ha hecho diecisiete listas y yo veintitrés y todavía nada. Dicen que estamos todos muy contentos por esto de la herencia, pero la única ventaja es que uno puede pensar en lo que va a comprar. Nada más.

Han venido cuatro visitas y mi mamá todo el tiempo cuenta el mismo cuento de que el tío tenía un poquito de cáncer no más y murió y es mejor para que no sufra. También hablan mucho en el comedor de comprar una casa propia, pero mi mamá quiere ir a viajar. A papá lo llaman por teléfono todo el tiempo y hablan de negocios y millones y cuando corta, sale silbando a la ventana y mira para afuera con las manos en los bolsillos. Hoy vinieron unos señores a pedirle que por favor fuera diputado. Yo sé que es algo importante, como ministro o por el estilo. Mi mamá y mi papá discutieron mucho el asunto porque mi mamá dice que es muy caro. Pero de todos modos a él le parece rechoro, se le nota, aunque dice todo el tiempo que hay que salvar a la Patria.

En todo caso nos regaló una luca a Javier y otra a mí, pero no nos alcanzó ni para tres cosas de la lista y eran ochenta y nueve las que necesitábamos.

Ayer vinieron a ofrecerle un auto remacanudo al papá. Tenía ocho faroles, radio, calefacción, televisión y lavadora, y salimos a probarlo felices, pero a mi mamá le ha dado con el viaje y se ponen a discutir y al último gana mi mamá porque el tío Tristán era tío de ella. Así que el auto se fue con el señor que lo vendía y bien triste, pero no tanto como Javier y yo.

Octubre 11

Cuando éramos pobres nos hicimos tan amigos con Javier porque como no íbamos al colegio teníamos que jugar juntos, sino ¿con quién? Bueno, cuando nos hicimos millonarios seguimos amigos un tiempo, pero ya me está pateando la amistad porque Javier está tan fantoche que no se puede aguantar. Por eso le dicen “el Haga Kan en chauchas” y a uno no le cae bien tener un hermano con sobrenombre. Pero lo malo fue que la mamá nos pillara peleando. Tantas veces nos hemos peleado y nunca nos agarraban... Ahora, claro, se aprovechó para castigarnos y decir que nos iba a dejar otra semana sin plata. Eso lo hace de puro aprovechadora porque la plata no la tenía de ninguna manera. Este es el verdadero cuento del tío.

Y no sería raro, porque nosotros nunca conocimos al tal tío Tristán y nadie hablaba de él cuando estaba vivo y ahora no más viene a ponerse de moda.

La mamá se compró un abrigo de piel de ocasión que le vendió una amiga y parece una artista. Los visones son lo más suave que hay. Valía no sé cuántos millones, pero la amiga se lo dio casi regalado. La Domi quiere que le suban el sueldo, pero no se atreve a decirlo, así que yo le dije al papá, porque mi mamá habla mal de ella todo el tiempo. Y papá dijo que era justo.

Bueno, yo había sacado la piel para mostrarle a la Domi lo que es un visón verdadero y le estaba explicando cuando entró Javier y me lo quitó de un tirón. El cuello estaba mal pegado porque se me quedó en la mano, pero yo lo pegué con scotch. Y Javier se burló y dijo que los pelos se le iban a pegar también y que se iba a enojar la mamá y esto y lo otro y me fue subiendo la calefacción a la cabeza y se me fueron las manos y en eso llegó la mamá. Por suerte la Domi había guardado el famoso abrigo, pero el reto y el castigo nos llegó de todos modos.



Octubre 12

Javier está enfermo, pero yo creo que son puros calambres y como él es tan aprovechador. Ahora que hay plata es buen negocio enfermarse porque ya le compraron un Mecano. A mí me revientan los Mecanos que son pura tuerquecita y fierros con hoyos y dale que dale atornillando... Si yo me enfermara pediría un tren eléctrico igual al que tiene el papá del Soto y lo armaría en mi cama y no necesitaría levantarme más de lo entretenido que lo pasaría.

Resulta que anda una cosa misteriosa por ahí y se callan cuando entro yo y mi mamá me hace cariños y no hay para qué. No sé lo que le pasa, pero me da por creer que yo soy Hansel, pero Javier no es Gretel. Preferiría que no me hicieran tanto cariño. Y la Domi también está en el secreto, pero no larga y yo tengo que saber lo que es.

Octubre 14

Está pasando algo muy raro en esta casa. A veces pienso que yo tengo una enfermedad terrible y mortal y no se atreven a decirme que me voy a morir. La cuestión es que nadie me reta aunque pase lo que pase. Llegó a tener ganas de que me den un gritazo, al menos para estar seguro de que estoy vivo, porque de tanto pensar que me voy a morir, creo que ya soy ánima.

El gringo Ripley que vive enfrente andaba con su famoso chicle masca y masca, buscando pelea. Yo lo busqué por la buena y le pedí que me lo prestara un rato. Después le pedí que me lo vendiera. El muy fresco quería que le pagara una luca por él.

—Es importado de North-América —decía con sus ojos de agua limpia.

—Sí, pero está usado —le contestaba yo—. Además es de segunda mano y de ocasión tiene que ser barato.

—Pero es legítimo —seguía diciendo el gringo y darle y dale y el negocio no se arreglaba y yo me moría de ganas y más ganas de chuparlo hasta que no supe más y de repente me vi en el suelo lleno de tierra y con el chicle y el gringo llorando encima. Y la mamá de él vino a reclamar contra mí en inglés y ahí fue lo raro porque la mía no me retó. Y nunca he visto tanta sangre de narices. Los americanos son resangrientos. Y llorones también.

Por fin parece que tenemos algo de plata porque nos compraron maletas nuevas y me van a llevar a ver una bicicleta para regalarme. Resulta tan raro comprarme bicicleta después de la tremenda rosca del chicle y el gringo que hasta la hija del juez, que vive al lado, se metió.

Javier está tan bueno conmigo que me regaló su Meco y ahora no pelea nunca sino que parece como santo enfermo. Yo creo que él se cree santo porque está en cama tanto tiempo, pero a mí no me la pega mucho de sus calambres. ¡Si supiera los calambres que tengo yo en las pantorrillas!

Noviembre 20

No había escritor mi diario de la rabia que tengo y de la pena. Resulta que mi papá y mi mamá se fueron a Estados Unidos el 15 en un súper jet. Parece que van a hacer un negocio Nylon y claro que llevaron al abusador de Javier con sus calambres y yo sé que si fuera cierto su enfermedad se curaría igual aquí que allá. Y a mí me dejaron con la tía Rosarito en el campo. Así que ahora soy casi huérfano.

Cuando supe que se iban, me dio una pena terrible y tomé agua todo el día para bajarla y trataba de pensar que iba a ser muy feliz solo y sin nadie que me mandara y ser un verdadero Tarzán aquí en el fundo. Pero resulta que no he sido feliz más que una vez en mi vida y no me acuerdo cuándo fue.

En todo caso ya tengo ochos años y medio, y me falta bien poco para los nueve y tengo bastantes ganas de cumplirlos porque voy a cambiar. Ya peso treinta kilos con chaqueta y sé tirarme de cabeza al tranque y Javier no.

La famosa bicicleta que me regalaron para consolarme de no ir a Estados Unidos era una buen mugre y me aburrí de parcharle las cámaras y en todos caso un hijo no se consuela de no tener padres por tener una bicicleta usada y aro 24.

La tía Rosarito al principio me hacía cariños, pero eso me daba más pena porque sus cariños de cara son como pasarse el cepillo de dientes por los cachetes y la cara de mi mamá era muy suave. Después me mandaba a lavarme las manos y las rodillas a cada rato y peinarme para almorzar pero al fin se aburrí. Lo malo es que uno se pone ronco de gritarle porque ella está sorda, pero dice que soy muy divertido aunque yo le esté diciendo que se murieron las gallinas y se quemó el cáñamo. De todas maneras dice: "Haz como quieras. Tú sabes que a mí me han gustado siempre los niños porque nunca tuve hijos..."



Esta tía Rosarito es una especie de abuela mía, porque como la mamá nunca tuvo mamá, tuvo esta tía en vez. Y todos los días me cuenta de la mamá cuando era chica y siempre el mismo cuentecito que ya me tiene curcuncho. A mí me gusta vivir con ella porque su casa es inmensa y todos los cuartos tienen olor a cueva y son oscuros y sucios y no hay que ordenarlos, y cuando uno grita dan eco. Y uno puede hacer lo que quiere porque no hay nadie y los que hay se anuncian cuando vienen, con su campanilla propia. Por ejemplo, don Bernabé, el administrador, tiene espuelas de plata y además escupe con harta carraspera. La tía Rosario tiene un llavero amarrado a la cintura, la Zoila es coja, la Martina hace tencas en vez de respirar y el José silba todo el tiempo Cabeza Hinchada.

Resulta que en esta casa hay un misterio y un “entierro” en alguna parte y penan todas las noches. La Zoila me contó lo que pasó hace muchos años y D. Berna dice que lógico y tienen que penar. Don Bernabé dice a todo “lógico” y al principio se me pegó a mí también, pero en esto de la penadura yo creo que es lógico. Lo malo es que aunque es lógico que yo me desvele, todavía no he podido desvelarme ninguna noche. Porque al principio me dormía del puro susto. Y ahora

ya no hay caso. Nada me da susto. Ni los espíritus, ni las ánimas, ni las cadenas, ni los finaos, ni los terremotos, ni siquiera la viuda que se sube al anca del caballo cuando uno pasa el zanjón de noche con la luna nueva. Nada.

Desde que descubrí el tesoro, cambié. Antes me daba miedo todo, hasta las arañas y ahora le hago cariños al toro importado.

La cosa pasó así:

En aquel tiempo llegué a este fundo un poco enojado por haberme quedado en Chile mientras Javier y los demás se iban en avión. No encontraba justo quedarme solo y tampoco quería que me consolaran ni me acompañaran. Tampoco me importaba mucho si el avión se caía al mar. A uno le importan los demás cuando uno les importa a ellos y también si uno está solo en el mundo tiene que ser muy hombre. Así que también aprendí a fumar hasta que me enfermé del pulmón y dejé el vicio. Caminaba solo por los potreros o por las bodegas, pero sentía todo el tiempo en el pecho el ruido del avión y no podía pensar. Y tampoco tenía ganas de ninguna cosa. Hasta que el tonto del fundo, que es Luchito y que se ríe todo el tiempo como si le hicieran cosquillas, me persiguió y me persiguió. Un día yo estaba sentado en una piedra pensando en cómo será el famoso Estados Unidos y no quería moverme de ahí, cuando llegó el Luchito con su risita y me dijo que me iba a contar un secreto. Y como yo no le hacía caso entraba corriendo a la bodega y se reía y salía, y me hacía un gesto, y entraba y se reía, otro gesto y ídem, ídem. Hasta que al fin me dio curiosidad y lo seguí. Y me mostró un montón de fierros que había en un rincón con telarañas, cuero de vaca, cordeles y sacos, y nos metimos gateando por entremedio. Resulta que debajo de un jergón había un montón de ratoncitos recién nacidos. Y el Luchito me dijo que ése era un tesoro de los dos.

Yo les llevaba todos los días comidita y queso y poco a poco se desparramaban entre las porquerías y corrían un poco hasta que un buen día no encontré ninguno. Entonces nos pusimos a buscar y revolver cosas y entremedio... Ahí vino lo grande y lo secreto y es mejor ni escribirlo en el diario porque a lo peor pasa algo...

Noviembre 22

¡Y pasó!

Resulta que de tanto revolver fierros, sillas rotas, sacos, tarros y porquerías buscando a mis ratones, apareció de repente una caja negra, más pesada que un toro muerto. Con el Luchito tratamos de moverla, por si los ratones estaban debajo, pero... ¡ni pío!

Decidimos abrirla y le hicimos palanca en la chapa, que era de esas con costra café, y apenas la tocamos, se abrió...

Estaba casi llena de puras monedas grandes igual que lunas llenas, del mismo tamaño, pero mucho más pesadas. Y eran tantas iguales, como si fueran lentejas en un saco.

Los ojos del Luchito se pusieron redondos y rojos y le cayó saliva de su boca sin dientes.

—¡El te te te tesoro! —clamó y se puso a temblar. Cerró la caja y atropellando todo el cachureo se arrancó para siempre.

Yo quedé paralelo. Solo, con el tesoro. Ni me atrevía a tocar las monedas por si me electrocutaba. Podían estar malditas. Así que empecé a transpirar. Y transpirando pensaba:

—Así que era verdad lo del tesoro. Y este maldito tesoro tuvo un dueño que lo cuida y anda penando por la casa...

Se me paraban los pelos de miedo que el fantasma se enfureciera contra mí.

Por fin después de mucho pensar, le dije al fantasma:

—Disculpe señor ánima en pena, por haber descubierto su tesoro. Fue pura mala suerte. Y se lo dejo enterito con tal que su alma no se pasee más por esta casa.

Y empecé a echarle cosas encima a la caja para dejarla igual que antes. Pero cuando la estaba tapando me vino la tentación de pedirle prestada una moneda al ánima.

Así que saqué una, cerré y tapé bien todo.

Me fui con la moneda al almacén, pedí un chicle y la pasé en

pago.

Y ahí vino lo atroz.

—¿De dónde sacaste esto? —chilló doña Rosenda.

—Lo encontré —dije.

—¿Dónde, niño?

—Por ahí...



Doña Rosenda se lo mostró al Zoilo, y todos los compradores estiraron el cogote para verla.

—¡Santo cielo! Es plata pura —decían.

Y creo que me habrían cogoteado a preguntas si no aparece el Luchito. Al ver la moneda se puso a temblar y apenas pudo, echó a correr otra vez.

Pero lo alcanzaron y dale con preguntarle.

Para quitarle los temblores le convidaron cerveza, y yo me fui sin que dieran ni el vuelto.

En la tarde me dieron ganas de comprar otro chicle, pero cuando fui a sacar otra moneda, no encontré ni la caja, sino que el puro desorden en la bodega.

Yo creo que ahora el ánima no volverá nunca más porque su tesoro ya no está en esta casa.

Ni tampoco mis ratoncitos.

Noviembre 25

Por fin tengo un amigo verdadero, quiero decir que me sigue y me acompaña y no anda metiendo cuentos. Tiene no más que tres patas. Yo creo que nos entendemos con el Napoleón porque él también es un poco huérfano como yo. Tiene buen carácter y es rehabilitoso y resimpático y buena gente y somos como hermanos, pero como hermanos de cuentos, porque no peleamos nunca. Es un perro casi policial y casi perdiguero. Tomamos té en la misma taza y comemos la misma chuleta y jugamos y nos chacoteamos y corremos como si yo fuera la liebre.

Yo le enseñé a despertarme y él me ladra y me rasguña la puerta todas las mañanas a las seis en punto. La Zoila rezonga, pero no hay caso, él viene de todas maneras y ladra hasta que yo despierto. A mí me carga dormir porque es muy aburrido.

Yo hice promesa de no comprar dulces si le salía la otra pata al Napoleón, porque yo sé que los demás perros le hacen burla. Pero a él no le importa mucho. En todo caso sería peor que le faltaran dos patas, porque entonces tendría que andar como la gente y eso sí que sería una vergüenza.

Es bueno tener un verdadero amigo y poder hablar de sus cosas. A él también le carga la tía Rosario y las papas con arroz.

Tengo inventado un juego con el Napoleón. Se llama los duendes.

Yo le pongo las cadenas que estaban tiradas en la bodega y él se pasa por la casa cuando es de noche. Y la Zoila se persigna y llora y reza y yo me hago el que no oigo nada y la tía Rosario tampoco oye. Total que la Zoila cree que a ella no más le penan.

Le di un frasco de vitamina al Napoleón para que el brote luego la pata porque tenemos que ir muy lejos mañana y se puede cansar con tres. Queremos ir a la quebrada del Monte Jorobado y traer unas perdices, unas liebres y unos faisanes. Vamos a llevar una honda y un refresco y un sándwich de queso y una bolsa para la caza.

Tengo que dormirme al tiro para despertar tempranito mañana.

Noviembre 27

Ahora no sólo tengo un amigo sino que miles, porque soy presidente de la Sociedad Conyugal de Perros Buenos. Se llama Socopebue y me eligieron presidente por unanimidad, que quiere decir que todos me quieren. Y hay como treinta y siete miembros y como cuarenta más que van a nacer así que se puede decir que soy el presidente de mil perros.



Todos los días tenemos reunión en distintas partes porque no nos gusta que nos vean.

Antes me daba pena que el Napoleón no pudiera hablar, pero después me convencí que es mejor así. Porque él me entiende todo y las palabras no sirven más que para escribirlas y para la gente que es más dura de cabeza que los perros y no entendería como ellos a una

seña. Los perros no necesitan de palabras porque nunca retan a los perros chicos, ni mienten, ni levantan calumnias. Ellos hacen lo que quieren y nada malo, tal como uno. Y tienen sus gustos igual que uno.

Por eso Napoleón y yo hicimos hoy una cooperativa para perros para tener de todo lo que ellos necesitan. Y la cooperativa era el portón de la bodega y pusimos galletas, huesos, pan duro y una olla de leche que sobró. Ni alcanzamos a dar el aviso, porque el Napoleón convidó al Cacique y el Cacique andaba con el Negro y en fin que en un minuto se dieron todos el dato y se llenó de compradores y se agotó la mercadería en un ratito.

Lo malo fue que como era la primera vez no sabían hacer cola para comprar y también es la primera tienda que conocen, por eso se alborotaron y la asaltaron un poco y se armó la pelotera y en la pelotera se confundieron y se metieron a la cocina y creyendo que era otra tienda se comieron la carne y el queso y el manjar blanco. Y la Zoila armó otra pelotera peor que la de los perros y los corrió con la escoba y les hacía sonar las costillas. Y después vino la pelea de ella y yo y en castigo no como más su porquería de comida...

Cuando tengo hambre me da por pensar que Javier estará feliz comiendo jamón. Y me acuerdo de la mamá y me da pena.

No sé por qué siempre me la imagino cantando en un cabaret y al papá lo veo corriendo a caballo con traje de Búfalo Bill y una pistola regia a cada lado.

Resulta que aquí no hay libros para leer cuando uno va al baño, así que yo leo El Mercurio. Y salía un aviso que decía: “Cartera extraviada. Se dará buena gratificación al que devuelva cartera de hombre extraviada en micro Los Leones”, etc., etc. Entonces yo escribí diciendo que la había encontrado y era una broma porque de puro aburrido a veces hay que hacer bromas. Pero el señor lo tomó en serio y llegó en un auto a buscarla con la dichosa carta. Y lógico la tía Rosario me hizo llamar cuando yo me estaba bañando en el río y el señor me esperaba con cara de domador de leones.

—¿Tú escribiste esa carta? —me preguntó la tía.

—Lógico —le dije yo con la boca cerrada.

—¿Dónde está la cartera que encontraste?

Yo dije: “quién sabe” con los hombros.

Ella me tomó de un brazo con una garra de tigre y me dijo “mentiroso, embustero”, etc. Entonces se me subió la rabia al pelo y no pude aguantarla.

—No es mentira. Es broma —le dije sujetándome, pero el señor se largó a insultos y decía que debían secarme a palos por lo malo y la convenció de que yo era un canalla porque él se tiró la carreta desde Santiago. Nadie sabe lo que es sentirse canalla, sobre todo cuando uno es casi huérfano. Así que yo no pienso más que en cosas ídem todo el tiempo y cuando el señor se fue hablando solo en su fétido Fiat, me habría gustado ser camión para estrellarlo. Y en el almuerzo quería que la tía Rosarito se atorara, hasta que se atoró y después por suerte dejé de querer que se murieran todos. Y ahora me da por pensar que a lo mejor ese señor sin cartera está muerto en el camino y no van a saber cómo se llama ni quién es el muerto. La gente debe tener una cartera de copia.

Ojalá que esta casa no se queme mientras estamos durmiendo.

La tía Rosarito no me habla y quiere ponerme en el colegio, pero no saca nada porque ya se está acabando el año y no reciben en este tiempo. Así que llamó a la maestra de la escuela, la señorita Mafalda y le dijo que me diera clase todos los días y me formara el criterio.

Pero a mí no me forma nadie el criterio.

Al principio me quería cargar la señorita Mafalda porque silba con la ese y le sale airecito con olor a choclo, pero después descubrí que es rebuena persona. Ella tenía un novio muy pituco que lo perdió por otra mujer, pero ella dice que él va a volver un día y por eso ella tiene siempre una mata de cardenal en la puerta de su casa porque esa es la seña para que él sepa que ella vive ahí. Y dice ella que en la vida veinte años es poco cosa para esperar. Que yo también tengo que esperar como veinte años para que me salga bigote y tenga oficina. Pero me falta mucho más porque nunca voy a tener oficina sino que voy a tener un avión. Ella me cuenta de su vida que ha sido hartito aburrida y por eso hace versos y son todos al novio que la dejó. Pero yo pienso que es peor que a uno lo dejen sus padres y ella dice que soy un niño muy sensible y me toca su victrola que tiene las narices tapadas. Y dice que esta otra semana le va a llegar a veranear una sobrina que se llama Gérnica y que es muy “educadita” y ya me está cargando la tal Gérnica.

La señorita Mafalda tiene unos retratos en marco de terciopelo y unos cojines con gato, hechos de alfombra, con mucha pelusa, y un reloj con cien rubíes. También tiene dos coronas en las muelas y los colmillos forrados en nylon y se va a poner un puente este otro año. Ella ha sido operada de la vesícula y de la hernia y várices también y cuando ella era chica su papá trabajaba en el banco. Me da mucha pena que ella tenga que trabajar y también le hace bien conversar y descansar y sirve para conocernos. Ella quiere que le encargue medias de nylon a mi mamá y se las mande en una revista, porque así no pagan derechos. Y hoy me contó que la tía Rosarito tiene muchos millones, pero se hace la pobre para que no le pidan plata en la parroquia.

La señorita Mafalda se hace cachirulos en la mañana por si acaso llega el novio, pero en la tarde no vale la pena deshacérselos. Y usa faja con barbas porque dice que el cuerpo de las mujeres hoy día es horrible y parejo. Y yo pienso que da lo mismo para lo que sirve.

Diciembre 1

Por fin es diciembre. Nunca he visto un mes tan largo como noviembre. Es lo malo de estar esperando la Navidad. Si uno no esperara nada los meses serían más cortos. Por eso es que me da tanta pena la señorita Mafalda que ya lleva veinte años esperando a su famoso novio. Hay que ver lo que será esperar a una persona veinte años... Yo hace quince días que estoy esperando a mi mamá y ya no la voy a esperar más porque me estropea el carácter. ¡Pobre señorita Mafalda! Total que uno también tiene corazón y lo que pasa es que por andar compadeciéndote de la gente desgraciada se pone desgraciado uno. Es lógico que yo pensar que si la señorita Mafalda había esperado ya veinte años al novio también podría tener que esperar otros veinte más y a uno le dan ganas de que una persona tan desgraciada sea muy feliz, y por eso yo quise ayudarla. Y lo único que hice fue tratar de convencer al Chamudez que se casara con ella. Porque si ella fuera bonita tal vez él se convencería solo y por eso le conté que ella tenía un tío muy rico. Porque yo me acuerdo que alguien dijo que a nadie le faltaba un tío millonario. La cuestión fue que parece que el Chamudez tenía una novia y apenas lo vio hablando con la señorita Mafalda se puso envidiosa y fue ella la que armó toda la pelotera. Y ahí pagué el pato yo porque el Chamudez dijo que yo le había dicho que la señorita Mafalda quería hablar con él y la ídem dijo que yo le había dicho que el Chamudez la necesitaba. Y todos gritaban como un coro de colegio y yo me moría de aburrimiento y ganas de no haber tenido nunca corazón. Y en esto estábamos cuando a la señorita Mafalda le comienza a bajar el años por su novio perdido y de la furia le bajó la pena y se puso a llorar fuerte. Y después que lloraba por él, resulta que comenzó a llorar por los veinte años que había perdido esperándolo; y después lloraba porque su mala suerte le había hecho tener novia al Chamudez y al último acabo chillando porque yo era un mocoso intruso que había armado todo ese enredo. Total que yo tenía la culpa de todo. Y el único que estaba del lado mío era el Napoleón que ladraba y ladraba y le tiraba de la falda a la novia de Chamudez y a la señorita Mafalda. Y de puro aburridos, cuando pasó el camión lechero nos fuimos al pueblo hasta que fuera de noche.

Diciembre 2

Hoy no pasó nada.

Faltan solamente 23 días para la Navidad. Pienso en todo el tiempo que mi mamá anda por Estados Unidos comprándome regalos...

Ayer fuimos a misa con la tía R. y me tocó baño y ropa limpia y después de la misa es como choque de autos en la puerta de la iglesia y todos vienen a saludar a la tía y me pellizcan la cara. Como la tía tiene mala memoria estaba muy de buena conmigo y se le olvidó que ayer dejé corriendo el agua del lavatorio y llegó hasta su cama el canalcito. Así que me preguntó:

—¿Te gustaría que te comprara un chocolate?

—Me encantaría —le dije y paramos en la plaza y ella me dio una moneda para que me comprara algo y no alcanzó la plata así que compré dos chicles, uno para cada uno. Y eran de esos chicles que traban los dientes y se nos pegaron las muelas de arriba con las de abajo y no había caso. A la Tía se le cayó la plancha de dientes y yo no le podía contestar, forcejeando y forcejeando hasta que se me salió la tapadura. Entramos al correo y había dos cartas aéreas de mi mamá. Me da tanto cototo cuando las leo que prefiero que no me escriba. Y decía que me compró un abrigo, cuando lo que yo quería era un transformador. Dice que Javier está mejor y que el tratamiento termina pronto, pero va a aprovechar para viajar un poco, después, porque se compraron un auto usado con una regia radio. Tanto le dice a la tía que está agradecida por tenerme, que me porte bien que al último yo decidí aburrirme todo el día y no hacer nada. Y entonces me quedé dormido y dormí hasta que era casi de noche y apenas tuve tiempo de ir a decirle a la señorita Mafalda que no iba a clase. Ella me había esperado todo el día y me tenía un sándwich caliente que estaba frío y duro como piedra.

La tía me hizo poner el termómetro; creen que cuando uno se porta bien tiene que estar enfermo... Son malagradecidos...



Antes cuando yo tenía familia, le podía preguntar las cosas a mi papá o a mi mamá o a la Domi, pero cuando uno es solo en el mundo, tiene que preguntarse solo, y cuesta contestarse. Y a veces me aburro de preguntarme y preguntarme... Y en esta casa todos son como momias y nadie sabe nada de nada, más que de la polilla en la ropa o en los porotos. Así que cuando yo me pregunté cómo podría hacer algún negocio, me di la idea de los Ambrosoli. Había oído toda la cuestión en la radio del almacén y es bastante estupendo. Y tampoco quiero demasiada plata, sino que necesito un poco y lo demás se lo compraría en casas nuevas a los trabajadores de este fundo que no tienen ni excusados, ni roperos, ni teléfonos. Y me fui al pueblo en el camión de la leche y pasé por la pastelería y compré mil Ambrosoli a la cuenta del fundo (no de la tía) y después con todos los amigos aquí sacamos los papelitos y comimos los caramelos. Y con mis papeles me dan las 25 mil lucas y yo pago la cuenta y todo. Era mucho trabajo sacar los papeles y también mascar apurado para ganar el concurso de quien come más. Son cargantes, al fin. Yo no iba a dejar los papelitos en cualquier parte, así que los guardé en la caja de fierro que no tenía llave y la tía creyó que tenía y que yo la había abierto y armó la gritería y tiró los papeles y no me dejaba ni explicarle y era inútil que entendiera que estaba botando 25 mil lucas, sino que decía que yo eran un ladrón y tenía que confesarme. Por fin, cuando se calmó un poco, le pregunté:

—¿De qué me voy a confesar?

—Tú no tienes idea de moral ni de conciencia —me dijo— Pero todavía es tiempo de que te salves. Hay que formártela...

—¿Cómo?

—Ya veremos cómo. Por ahora te vas a la cama castigado.

—Pero, ¿por qué?

Se agarró la cabeza y se la sacudió como si quisiera hacerla sonar y no fue capaz de explicar nada y después me agarró del brazo y me llevó a mi cuarto. Y aquí estoy en cama reaburrido y tengo ganas de que me roben. Es mi única salvación porque yo no entiendo nada de lo que piensan aquí y lo único que entiendo es que soy malo y malo, porque me lo dicen todo el día. Y debe ser así porque ahora quiero que me roben los gitanos. Yo creo que con ellos me entenderé

porque ellos también son malos. Y por suerte que hay un campamento de gitanos al ladito del fundo y tengo que hablar con ellos. Es una lástima que me cortaran el pelo, porque decía la Domi que cuando era chica tenía rulos rubios... Y a lo mejor a los gitanos no les gusto ahora...

Diciembre 4

Esta mañana me levanté tempranito y me fui a ver a los gitanos.

Estaban tomando un desayuno con mal olor, pero es cuestión de acostumbrarse. Y muchas veces yo tengo las narices tapadas.

Yo los estaba mirando desde la puerta de la carpa y me imaginaba vestido de gitano y tomando el desayuno con ellos y después saliendo a correr el mundo y hacer cosas malas y me daba como remordimiento. Pero después pensaba que también podría no dejar que hicieran cosas malas y ser su salvador. En todo caso el desayuno era harto malo y es terrible pensar para allá y para acá como pensaba yo. Hasta que al fin me decidí para allá y entré en la carpa. Pero me volví a quedar parado y ellos me miraban y hablaban su enredo. De repente pensé que a lo mejor ellos tenían el tesoro y si no lo tenían les gustaría tenerlo y podríamos buscarlo juntos y nos haríamos reamigos. Pero después pensé que con la cantidad de pulseras y aros y monedas que les cuelgan por todas partes no les debe interesar mucho un tesoro. Y ya iba a pensar en otra cosa, cuando una gitana me llamó y me dijo que me sacara la suerte.

Yo entré bien en la carpa y le estiré la mano. Mis líneas se veían negritas y ella me dijo que yo iba a tener una gran fortuna y una carta y que mi pena iba a pasar y que iba a ser famoso y feliz.

—Famoso, ¿de qué? —le pregunté, pensando si sería ladrón famoso.

Ella se rió y dijo:

—Famoso de rico.

Todavía estaba pensando si iría a ser rico de robar, cuando ella me preguntó si mi papá era el dueño de ese fundo. Yo moví la cabeza con tristeza. Ella se rascó la pierna y le sonaban las pulseras. Por fin me atreví a preguntarle.

—¿Le gustan a usted los niños ajenos?

—Son muy lindos los niños —dijo—, son suaves y olorosos —y se rió.

—¿Y cuando no son suaves ni olorosos, también le gustan? —

Yo estaba pensando en mis rodillas que son como rallador de cocina.

—Oh si, tú me gustas mucho.

Pero usted no me robaría... —me daba pena de mí y pensaba que podía haber sido chico mejor.

—Tú no quieres que te robe, ¿verdad? —preguntó.

—Ya lo creo que quiero —dije—. Soy abandonado. Mis padres me dejaron y la tía no me entiende. Podría ser un buen gitano porque soy campeón de saltos mortales...

—Tú piensas eso porque tienes pena de algo. Ya pasará. Mañana serás feliz. Los gitanos no robamos niños... Algunos tal vez...

—¿Eso quiere decir que no hay caso?

Ella se rió y me acarició la mano.

—Quédate aquí —dijo—, pero trae alguna cosa para gitanos buenos. ¿Tu tía tiene ricas frutas? Trae muchas y gitanos te hacen feliz. Después vuelves a casa

—No me conviene —le contesté—. Yo no quiero volver más.

Ella llamó en jeringonza a un gitano que estaba fumando pipa. Le habló en jerigonza y él se acercó a mí y me dijo:

—Lárgate de aquí. La gente siempre está pensando que los gitanos roban. No queremos nada contigo ni con ellos.



A mí me dio rabia, así que le dije:

—No sabe lo que se pierde, porque mi tía es millonaria y le habría dado mucha plata para rescatarme —y me fui.

Pero en el camino me dio congoja de pensar que todo me sale así y nadie me quiere, ni siquiera los gitanos. Y me fui caminando por las chacras y pensando en Javier que está en Estados Unidos gozando de la vida en un hospital de Boston. Y yo aquí solo entre los choclos. Casi me gustaría ser choclo, porque al menos lo hacen maíz y se lo comen las gallinas.

Y cuando se acabó ese potrero, me encontré con el Pitico que andaba rodeando las vacas y me subí al anca de su yegua y lo convidé al pueblo a tomar helados. Le apreté los talones a la yegua y salimos

galopando hasta la calle larga. Amarramos el caballo en la plaza y entramos a la pastelería y nos tomamos cuarenta helados. Lo malo fue que después que teníamos todo arreglado de quedarlo debiendo a la cuenta de la tía Rosarito, llegó el marido de la dueña y dijo que no le dejaba nada a la cuenta de ella porque ella le había subido el arriendo. Y se enfureció con su esposa y llamó por teléfono a la casa de la tía Rosarito y armó todo el enredo. Y yo que antes no quería ni verla, menos quería verla ahora después de esto y por eso dejé pasar la tarde y al fin fui donde la señorita Mafalda y le dije lo que me pasaba. Y ella dijo que iba a hablar con la tía, pero la tía se había puesto nerviosa y le había dado el ataque y dice la Zoila que antes del ídem decía: “Este niño se ha muerto, yo tengo el presen –no sé cuanto- y me vuelvo loca de responsabilidad”, y ¡pum! Se cayó al suelo.

Así que me acosté no más y la Zoila me trajo un pollito asado entero para mí y comí a dedo y me dijo que me durmiera y que mañana ella arreglaría las cosas y le dio plata al lechero para que pagara la cuenta de los helados y me contó cuentos de brujos hasta que me dormí.

Diciembre 5

Resulta que pasó un chasco. Esta mañana la tía Rosarito había pedido la camioneta para ir al pueblo a hacer una diligencia.

La camioneta es de esas que si se les para el motor, no parte más. Tiene la misma edad de la tía Rosarito y se remece entere y le hierve el agua. Soto y yo estábamos esperando a la tía cuando a él se le ocurrió bajarse. Apenitas toqué el cambio, cuando... ¡zas! dio un brinco la muy tarada y fue a estrellarse justo contra un rincón de la casa, y se metió al comedor. Y ahí quedó.

Se armó la grande y nadie se fijó siquiera en mi sangre de narices que era un tremendo chorro.

En fin, que a la tía le iba a venir el ataque de todas maneras porque se está acostumbrando y como ayer le vino, hoy ídem.

Pero lo malo fue que no le alcanzó a venir así que yo me fui por ahí un ratito porque sabía que me iban a echar toda la culpa, pero llegó don Céspedes a buscarme y tuve que volver. Y la tía me dijo:

—¡Eres un perverso, un bandido! —y lloraba de rabia.

—Yo no lo hice adrede, y si quiere le pago el arreglo.

—Además de todo eres un insolente —me contestó. Y total que uno no sabe lo que quiere la gente. De todos modos sale peor. Si uno trata de arreglar lo malo lo encuentran insolente y lo que les gusta es que no haya remedio. Así que yo me puse a mirar para abajo y entonces vi la lagartija que tenía en la mano y no sé por qué la solté y tampoco sé por qué ella se le subió a la falda de la tía. En fin que casi dan ganas de morirse a veces. Y uno tiene que pensar que eso es pecado para querer vivir.

La cuestión es que la tía se aburrió de mí. Ya no quiere tenerme ni un día más y va a ir a Santiago, para hablar con otra familia para que se haga cargo. Y tampoco me quiere llevar porque dice que es mejor que en esa familia no me vean. A mí me dan ganas de escribirle una carta arreglando las cosas, pero tampoco me gusta prometer mucho, porque tendría que estar todo el tiempo durmiendo para tenerla contenta. En todo caso me da bastante pena cuando pienso que soy echado porque a nadie le gusta ser como sobra. Y se lo conté a Carrasco y él me dijo: “Tienen que darle su desahucio,

patroncito”, y se rió. Con tal de que no sea una pateadura o azotes... Si los grandes trataran de entenderlo a uno ellos también lo pasarían mucho mejor, creo.

Diciembre 6

Parece que la tía cambió la idea de ir a Santiago y en vez de eso se fue a la parroquia y habló con el cura y me va a dejar con él para ensayar de corregirme y también de formarme la famosa conciencia. Y fuimos a ver al cura y es tan buena gente y tiene una patilla corta como cepillo de uñas y una verruga también. Y me hizo cariños y dijo que íbamos a ser muy buenos amigos y que aprendería a ayudarlo en la misa. A mí me queda todavía un poquito de vocación porque me sentí contento de ayudarlo en algo, aunque sea la misa. Y también me alegré cuando supe que no podía venirme hasta el sábado, porque el señor curita se va a Santiago a una diligencia. Creo que lo voy a pasar regio por fin. Él tiene muchos libros y me puede leer y también tiene un equipo para desarrollar fotografías y me puede enseñar y yo le hago el trabajo. Y también vivir con un cura es bueno para los que han sido malos como yo porque es como para un enfermo vivir en la farmacia: el remedio está ahí mismo...

Diciembre 7

A veces me dan ganas de no escribir más en mi diario y que se vayan al diantre las diez lucas del señor. Al fin y al cabo mis padres están en Estados Unidos y no importa que ya no tenga un peso. Es terrible tener que hacer algo a la fuerza y escribir todos los días todo lo que uno hace o lo que piensa. Pero quiero tener las diez lucas para la Navidad, porque ya veo que nadie me va a hacer regalos y me los quiero hacer yo. Hay días que no ha pasado nada ni sé qué decir y por eso hoy, para tener algo que decir solté todos los pollos del criadero. Y qué me importa que se enojen ahora cuando ya me voy a ir a la parroquia. Era lindo verlos correr cacareando y aleteando todos blanquitos... Pero los perros ligerito los corrieron y el Carrasco los recogió y les puso llave y ni me retaron siquiera.

A la Zola le dolía mucho el estómago y le preparé el remedio de la tía con un poquito de vino y de azúcar y se mejoró. Y en la tarde, cuando estábamos en el rancho de Pedro y su chica lloraba y lloraba de puro enferma, le ofrecí a él darle el remedio de la Zoila y se lo traje. Yo no sé si había cambiado el frasco o la chica se iba a morir de todas maneras porque nadie se había dado cuenta de que estaba grave. La cuestión es que cuando vino el doctor del seguro le dio unos baños y le volvió la vida. Y Pedro ni me echó la culpa a mí y yo estaba esperando que me la echara. Y después yo no sabía qué regalarle de agradecimiento, así que le di mi maleta, que es lo único que tengo. Y él se la vendió a la señorita Mafalda, porque ella necesitaba una para cuando se case. Por fin me siento feliz de ser bueno. Los pobres son mejores que los ricos. Nunca echan la culpa y tampoco se van a Estados Unidos y abandonan a sus hijos.

Diciembre 8

Hoy llegó la Gérnica, la famosa sobrina de la profesora. Tiene el pelo largo hasta la rotura del vestido. Parece que anduviera con chaqueta negra, porque le tapa todo el cogote, los brazos, los hombros y la espalda. Cuando corre se le despegas de ahí y se enreda por todas partes y sobre todo en los árboles y uno tiene que sacarle las espinas, las abejas y las semillas del famoso pelo. Y es tan gorda que las piernas se le abren por abajo porque no le caben arriba y también se remece toda y le suda la nariz con globos grandes.

Al principio nos miramos y nos y después la señorita Mafalda nos mandó a jugar. A mí me revienta jugar con mujeres, pero como mañana me voy, quería hacer hoy todo lo que me mandaran. Y obedecía. Pero claro que la tontona se enredó en un espino y yo me clavé entero para sacarla. Así que le dije:

—¿Por qué no te cortas el pelo?

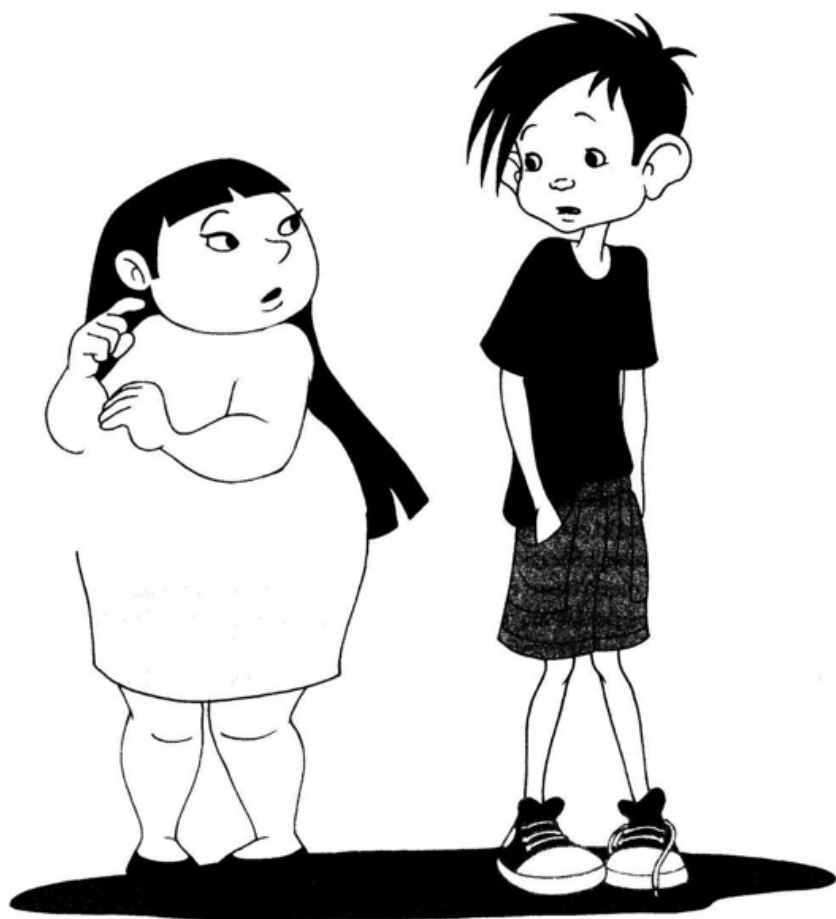
— Mi mamá dice que es muy lindo...

—Pero se te enreda todo el tiempo. Además yo no pienso clavarme de nuevo por ti y si se te enreda, ahí te quedas.

Ella me convidó a jugar a la arboleda y yo le dije que no. Y ella me preguntó por qué y yo le dije que por la enredadura. Entonces fue ella la que me pidió que le cortara. Y dijo que su mamá ahora no la veía y que le iba a crecer cuando volviera donde ella, y alegó y me suplicó y tuve que hacerle caso. Además que el pelo era de ella y también se podría vender para arcos de violín o para personas calvas. Y yo tuve cuidado de que se pusiera el chaleco después cuando empezó a estornudar. Y así y todo ¡hay que ver!...

Yo nunca me imaginé que alguien podía llorar tantas lágrimas negras como las que le corrían por la nariz a la señorita Mafalda cuando vio a la Gérnica con el pelo cortado. Y yo siempre había oído a los hombres que las mujeres son falsas y ahora sé que son, porque la muy pícara, ni dijo que ella me había suplicado que yo le cortara su famoso pelo. Y me echaron toda la culpa a mí. Y después anduvo toda la tarde siguiéndome... Hay que ver... Y hasta la señorita Mafalda me vino a buscar y dijo que estaba feliz con que alguien se atreviera a cortarle el dichoso pelo a su sobrina que la estaba apestando y no la dejaba crecer y que ella nunca habría tenido tiempo de peinarla. En fin que se ve que todas las mujeres son iguales y no saben lo que

quieren.



En todo caso estoy feliz de que mañana me voy a la parroquia. Y tuve que arreglar mis cosas en un canasto porque ahora no tengo maleta y debajo puse unas guinditas para regalarle al señor cura. Al principio me daba pena irme porque perdía todas mis siembras, pero después pensé que se las voy a dejar de testamento a la tía en pago de la camioneta. Pero en todo caso me voy a llevar mi perro y alguno de sus hijos, porque los hijos deben andar con sus padres. La cuestión es que él no sabe bien cuáles son, pero todos los que nos sigan a los dos, fijo que son de él. No importa tener muchos perros en una parroquia porque así no habrían sacrilegios ni crímenes. Y también es bueno tener con quien hablar por si el cura me resulta como la tía que se muere por los niños y no los aguanta ni un minuto.

Diciembre 9

No me pude ir ayer a la parroquia porque era 8 de diciembre y el día de la Inmaculada el cura tiene mucho que hacer, porque ese día se confiesan todos los pecadores y se arrepienten los ateos y hay procesión y mucho que trabajar para un solo curita. Así que me vine hoy y estoy feliz. Mi cuarto queda al lado del del señor cura y tiene un jarro de lavatorio de porcelana con flores y una taza trizada y un balde para las “aguas servidas”. También hay una silla de balanza vieja para leer y una mesa escritorio con muchos cajoncitos que están llenos de papeles del cura, pero él los va a sacar cuando tenga tiempo. Mi cuarto tiene una cortina roja en la ventana y la luz roja porque antes era el revelador del señor cura, que es donde desarrollaba sus películas. Tengo una casa de fierro inmensa para guardar mi ropa, porque aquí no hay roperos y además esa caja es maciza contra incendio y pesa dos mil kilos y se la regalaron al cura porque no tiene llave.

La mesa del comedor no tiene mantel ni pañitos y el frutero no tiene más que un limón. Cuando estábamos almorzando vino una pareja que se quería casar y ella era tan nerviosa que se reía todo el tiempo. Él no tenía más que dos dientes y el sombrero que lo daba vueltas hasta que se le cayó. Y los apuntamos y les dijimos que trajeran su fe de bautismo y ahí está la complicación. Pero el señor cura les dijo que cuando la tuvieran los casaría. Y después vino una mujercita y le trajo una gallina y siete huevos y la vamos a comer mañana para celebrar mi llegada. Resulta que la verruga le salió sola. Dice que yo le recuerdo de él, cuando era chico, hace tiempo.

En la tarde hicimos bendición y rezamos el Rosario y no vino más que una vieja. El traje de acólito tiene olor a fierro chupado y tengo que amarrármelo en la cintura para no pisarlo, pero de todos modos me lo piso, y por eso me caí. El sacristán es lo más creído y apaga las velas como con desprecio.

Vino una señorita a arreglar las flores del altar para mañana y hablaba sola todo el tiempo. El Napoleón le ladraba porque ella le cayó mal, pero yo lo sujeté. Aprendí a tocar la campana y mañana me levanto tempranito para dar la primera señal.

Yo me confesé de nuevo con el cura y me acusé de algunas mentiras por si acaso, y también porque no tenía ningún pecado.

La Juanita es la cocinera y no usa delantal y tiene un gato que

no tiene más que una oreja y le anda buscando la camorra al Napoleón, pero no hay caso porque mi perro ni lo mira.

A la hora de la comida vino una señora a quejarse de su marido que es borracho, y se nos enfrió la sopa y se le formó nata y la juanita no quiso calentarla. Ojalá que el señor cura se acuerde de comprarme una lámpara blanca porque cuesta mucho escribir con luz roja y además da un sueño completamente fatal...

Domingo 10

Yo desperté creyendo que había incendio en mi cuarto y resulta que era la cortina y el sol. Y claro que sin reloj, ¡qué iba a saber yo de la hora! Así que me levanté bien apurado y me fui al campanario y toqué la primera señal de la misa. Al poco rato llegó el señor cura con capa de agua (porque no tiene bata) y medio dormido y me dijo que eran las seis de la mañana y la misa era a las diez. ¿Y qué hacer?

Resulta que empezó a llegar gente y tuvimos que decir una misa de seis y otra de diez y otra de doce. Y como no estaba el sacristán, yo tuve que ayudar la primera y claro que me turbé un poquito. Por lo demás, mientras más misas dice el señor cura, mejor para su alma. Y por suerte me dejó pasar la bandeja de pedir limosna y junté como diez lucas, porque la tía echó media luca, y la Zoila una entera.

Después salimos en el cochecito a visitar un enfermero y el cura me conversó de muchas cosas y lo bueno que tiene es que contesta todo lo que uno le pregunta. Y la cazuela estaba rica al almuerzo y también íbamos a comer en la noche, pero llegó un viejito que no tiene donde almorzar y se comió la mitad de la gallina que habíamos guardado para la comida.

Mientras el cura estaba en una reunión yo fui a la cancha a ver jugar y me contaron que el señor cura es nada menos que tío del Sapo Livingstone. También tiene un retrato de él cuando era chico y no parece más que un pilucho cualquiera.

A la hora del té estuvimos revelando fotografías y es lo más macanudo porque se ven aparecer. Pero cuando estábamos en lo mejor, llegó un chiquillo a buscar al señor cura, porque le había dado un ataque a su abuelo y tuvo que salir corriendo y me encargó de las fotos en ácido y se me desparramó el ídem y el gato de la juanita se lo tomó y se envenenó. Y la pobre lloró tanto que no pudo hacer ni la comida y comimos puros huevos revueltos.

En la tarde hubo bendición y me puse el traje de acólito otra vez y me revienta el pituco del sacristán que todo el tiempo está dele a corregir y corregir, hasta que no le hice más caso.

Lunes 11

Esta mañana trajeron al muerto a la iglesia y es el famoso abuelo del ataque que ya estaba muerto cuando llegó el señor cura. Pusimos los paños negros y unos tremendos candelabros y dice Gabriel, el sacristán, que le cargan los funerales por dos cosas: porque hay que barrer la iglesia después y porque el alma del muerto queda haciendo perjuicio por el pueblo.

El sacristán no es tan mala persona como parece, pero el señor Cura dice que es muy ignorante de andar diciendo esas cosas porque el cadáver no es nada, igual que el cajón o las velas y el alma está ante el Señor. Pero Gabriel dice que son cuentos y que él ha visto muertos y ellos mismos le han contado muchas cosas. Y mientras el Cura leía su Oficio en su cuarto, yo aproveché que la iglesia estaba sola y cerrada y entré por la sacristía y me acerqué al cajón y destapé la tapita. El muerto era una cosa bastante atroz y cuesta acostumbrarse con él, pero yo lo miré y lo miré hasta que me cerró un ojo y esa es la primera seña de que va a hablar. Y cuando tal vez me iba a decir algo, resulta que se dio vuelta el piso en que yo estaba parado y me caí con todo. Y parecía como truenos y el medio boche de candelabros y paños negros y cajón y yo entremedio. Entonces cuando se me pasó el dolor recogí todo lo que pude y lo arreglé, menos el muerto, y salí y me fui a sentar en la mecedora, a leer, pero todo lo que leía no lo entendía porque tenía como Satel Noticias en la cabeza y veía todo el tiempo la cara del Cura y la de Gabriel y lo que iban a decir cuando encontraran el cajón en el suelo. Y por suerte que aquí no está la tía para que me eche la culpa de todo.



Por fin el cura entró a rezar a la iglesia y descubrió todo el asunto y llamó a un caballero de la Acción Católica y los dos levantaron el cajón y dejaron todo como estaba. Porque dijo el señor Cura que si Gabriel llegara a ver eso no acabaría nunca de hablar y decir tonteras de ánimas. Dice que este pueblo es muy supersticioso y cree en las ánimas. Cuando el señor Cura me contó esto, yo me quedé esperando el reto, pero ni una palabra. Y era tan terrible estar esperando todo el día, que al fin le dije al señor Cura que me quería confesar y se lo conté todo y quedé livianito. Y tampoco lo va a saber Gabriel, porque es secreto de confesión.

Martes 12

Faltan nada más que trece días para la Navidad y estamos pintando los animales del nacimiento. El señor cura manda una carta que se llama “circular” a todo el mundo pidiendo plata para comprarle regalos a los niños pobres y yo las meto en el sobre y les pongo la estampilla y pienso que de ahí me va a salir algún regalo a mí también.

El señor cura es terriblemente pobre y no tiene más que una sotana y cuando la desmanchan un poco, se mete en la cama; también sólo el domingo comemos carne porque no hay plata y nunca comemos postre. Así que yo le pedí prestada la máquina fotográfica al señor cura y compré un rollo de película y puse un aviso en la puerta de la casa parroquial: “Fotos al minuto. Retrátese para dejar recuerdo cuando se muera. Ordenes aquí”.

Y vinieron dos señoritas a tomarse foto y una mamá con ocho niñitos y unos novios también. Yo los retraté a todos en el banco del jardín, con la ganancia compré un cuarto kilo de carne y tres damascos y dos caramelos. Después retraté a Napoleón y a la Juanita para acabar luego el rollo y desarrollar la película y el cura me ayudó, pero me hizo sacar el letrero de la puerta, porque dice que aquí la gente es tan habladora que van a decir que él hace negocios malos. Lástima que la primera foto salió velada y la mamá con los niñitos resultó de medio cuerpo, o sea sólo las piernas de todos y el matrimonio salió con un dedo mío entremedio, pero el Napoleón y la Juanita salieron bastante bien. Pero lo malo es que el cura quiere que yo le devuelva la plata a esta gente y, ¿de dónde quiere que la saque?

No escribo más porque voy a pensar de dónde sacarla...

Miércoles 13

Aunque el cura diga que es superstición lo del 13, hoy es día fatal de todos modos. Vinieron las dos señoritas de la foto y querían que yo les devolviera la plata, cuando supieron que salió mal. Después querían que les tomara otra, hasta que les expliqué que el negocio se había acabado. Una de las clientes me miró con cara de que yo le robaba y me dio toda la rabia, y le dije:

—En cuanto encuentre trabajo le voy a pagar su plata, a no ser que quiera llevar algo en vez...

—¿Qué cosa sería? —preguntó la muy pituca.

—Un ratoncito educado o... —yo pensaba a todo full— o una planta.

—¿Y para qué quiero eso?

Yo tenía tanta rabia que estaba como endemoniado y no soy responsable de lo que le dije, que fue algo así:

—Para que se tape la cara que rompe las películas de pura fea.

La cuestión fue que ella me dio un pellizco y me dijo: “¡Insolente!”.

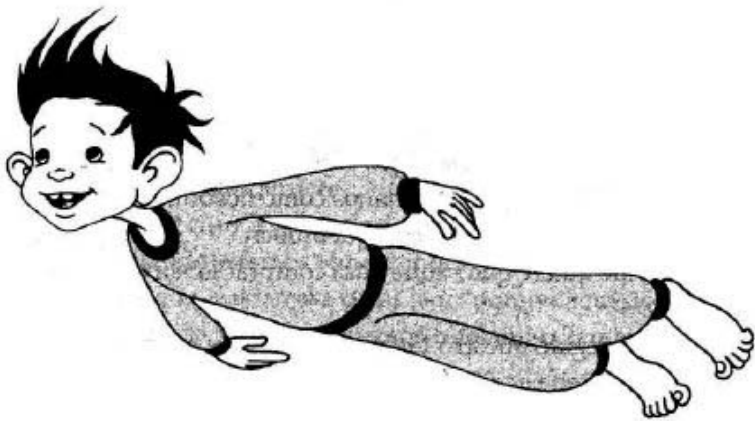
Yo no le aguanto insultos a nadie, ni tampoco me voy a ensuciar las manos pegándole a una mujer, así que la empujé para afuera y le cerré la puerta. Y ella le reclamó al cura y el cura tuvo que darle su cochina plata. Ahora yo se la debo al cura, creo, aunque la carne y la fruta la comimos los dos y la Juana también. Pero de todos modos van a llegar los demás clientes con los insultos y la cobradura, así que tengo que pensar cómo ganar plata. Y no es fácil ganarse eso sin capital ni crédito. Pero en esta parroquia no hay ni eso, ni nada más que pura pobreza y la mala suerte mía de estar pobre por segunda vez. Y ahora que se murió el tío Tristán y toda la familia está millonaria, tenía que ser yo el pobre... ¡La injusticia de que se gasten todo en EE.UU., mientras yo estoy en la miseria!

Cuando estaba más triste pensando estas cosas llegó Carlitos Troncoso, que es hijo de Troncoso el de la bomba de gasolina, y me convidó al cine. Yo no quería ir sin plata, pero él me dijo que tenía un sistema. Y el sistema era que nos tiramos en cuatro patas en la puerta del teatro como buscando algo, hasta que una señora nos preguntó

qué buscábamos y Carlitos le dijo que era un billete. Entonces ella se rió y sacó uno de la cartera y compramos dos entradas y vimos El beso de la muerte, que era bastante atroz de tanto amor.

De todas maneras ahí me dio la idea de ser electricista y ser rico de una vez. Pero como hoy es día trece, apenas estaba tratando de arreglar una campanilla, el carabinero creyó que me la quería robar y no me dejó ni ponerla siquiera. Y la dueña de casa dijo que me iba a acusar al cura y ya me está cargando esto de que todos me acusan al cursa como si yo tuviera que ser un ángel porque vivo en la parroquia. Y también al cura le pareció mal que viera esa película y mal que le deba plata a la gente. Total que en la noche no me podía dormir así que me levanté y le pedí que me confesara de una vez. Y también me confesé de otras cosas por si las hago, pero ya estoy tranquilo, de todos modos.

Ya me había quedado dormido muy feliz, cuando desperté con una terrible pesadilla y era que me había robado un millón del banco y no sabía dónde esconderlo. Entonces me acordé que yo tenía alas y me lo metí debajo de un ala. Y en eso estaba cuando apareció el policía vestido de sacristán y prendió las luces de la iglesia y como yo tenía un candelabro, ya me iba a encender mi vela cuando me vino una picazón en el pescuezo y levanté la mano y se cayó el millón. El policía abrió la boca con sus dientes de cadena y yo me vi perdido. Por suerte me acordé de que tenía alas y me puse a volar y me salí por el vidrio roto de la parroquia y seguí volando por encima de la plaza. Y entonces me ocurrió que por qué no me iba a Estados Unidos donde mi mamá y volé para allá. Pero cuando iba encima del mar, de repente me acordé de que no tenía bencina, y justo cuando me iba a caer, por suerte desperté.



Yo creo que era un sueño profético, pero de todas maneras el corazón era peor que un motor de avión y recién ahora se me pasó el susto y pude escribir. Ojalá que me duerma porque ya es casi mañana.

Jueves 14

Lo malo de cuando uno sueña con las personas es que al otro día las quiere tanto que casi no puede pensar en otra cosa. Este sueño con mi mamá no me deja pensar en nada. Antes me había pasado de solar con el Napoleón y desde entonces lo quiero tanto. ¿Y qué saca uno con querer tanto a su mamá si ella está en Estados Unidos? En todo caso me gustaría que se volviera, oirme yo donde ella... Antes yo no me daba ni cuenta de que tenía mamá porque estaba acostumbrado, pero ahora que perdí la costumbre, la cosa cambia. Me gustaría estar a su lado en el día del juicio. Cuando era chico pensaba estar al lado de Caupolicán, pero ahora prefiero que sea mi mamá.

El cura tuvo que ir a un asunto y la Juanita aprovechó para ir al dentista y total que me dejaron a mí a cargo de la parroquia.

Yo me estaba ensayando en decir misa y otras cuestiones para darme cuenta si tengo si tendría verdadera vocación, cuando llegó un hombre y preguntó por el señor cura.

—No está, hijo —le dijo y el “hijo” me salió solo.

—¡Chitas! —dijo el hombre.

—Quizás yo podría ayudarlo en algo —se veía que el hombre me necesitaba.

Se quedó callado un rato como si fuera a pensar, pero después dijo:

—Cuando él llegue usted le puede consultar... Que no crea ninguna de las calumnias que le traigan del Rebeco, dígame. Y dígame que yo aparté a mi mujer de mí porque no convenía, pero todo lo que cuenten es mentira. Yo ni la toqué. Se le cayó un lavatorio encima y eso fue todo. Yo no quiero confesión ni la culpa de nada, dígame, pero que no crea las calumnias que le traigan del Rebeco.

—Él le va decir seguramente que la perdone y que compre otro lavatorio —le dije—. Porque Nuestro Señor dijo: “Perdónanos como nosotros perdonamos”, y no dijo nada del lavatorio porque en ese tiempo no se quebraban.

—¿De dónde quiere que saque para comprar lavatorio cuando hace una semana que estoy sin trabajo?

Entonces le regalé nuestro lavatorio de loza y creo que el señor cura estará feliz de que yo haga una buena acción y pueda yo reemplazarlo cuando él sale a sus asuntos.

Viernes 15

Hoy hubo reunión de socias en la parroquia y vino la tía Rosarito y me trajo diez lucas. El cura le dijo que yo era muy buen niño, pero le contó que había tenido que pagar un timbre de calle que me cobraban a mí. Yo ya iba a explicarle a la tía, cuando vi que ella sacaba una cartera llena de billetes, entonces aproveché para contarle lo de las fotos que debíamos, y también unos chocolates que se deben en la pastelería. En fin, que nos dejó dos billetes más, fuera de la pensión. Lo malo es que el cura le da la plata a los pobres que llegan con su cuento y se olvida de nosotros dos que no tenemos a quien contarle nuestro cuento.

En fin, que a la salida de la reunión el Napoleón se picó con alguien y salió detrás de las viejas ladrando. Y una se cayó y él la mordió un poquito. Pero más fue el boche que metieron y el pobre cura estaba pálido de tanto dar excusas. Y la tía quería que mataran al Napoleón por su señoría. Ella ni sabe que él es secretario de la Socopebue y también presidente del sindicato “La Estrella de Chile” y que todos sus perros tienen reunión en la puerta de la parroquia y después desfilan por el pueblo y son inspectores de cajones basureros. Ellos son igual que la gente, así que a veces se arma la pelea y hay que dispersarlos. Pero como tienen sus ideas y es fácil servirles de capitán, en caso de guerra yo creo que serían muy útiles. Y ellos se dan cuenta de todo, por eso le ladraron a las socias.

La cosa pasó así: estábamos haciendo maniobras y ensayando que las gallinas eran el enemigo, cuando apareció la dueña de las gallinas que es medio loca y armó toda la rosca. Claro que los perros, a mi orden, se dispersaron, pero el Napoleón, apenas vio a las viejas socias creyó que eran el enemigo y por eso atacó.

Después de la reunión salimos con el cura en cochecito para ir a visitar un enfermo que viven en una quinta, y nos regalaron un canastón de fruta. Pero lo que paso fue que se me olvidó manejar el caballo y cuando nos quisimos volver el coche se había ido solo. Y tuvimos que venirnos de a pie con el canasto tan pesado y yo quería todo el camino que mejor no nos hubieran dado fruta, o por lo menos, que nos dieran poca, más bien. En fin, que llegamos traspirados y el coche no había llegado aquí. Así que a lo peor se lo han robado... Yo comí tanta fruta en el camino para que el canasto no resultara tan pesado, que ahora me duele el estómago, y lo malo es que cuando me duele alguna cosa me da por acordarme de mi mamá. Y al último uno

no sabe si lo que llora es por el dolor o por ella. Me dieron agüita de manzanilla y soñé con el coche y sus aventuras que ojalá no las sepa nunca el señor cura porque son de lo más atroces.



A ratos me gusta la vida de ser cura. Y a ratos no me gusta tampoco. Porque siempre vienen a llamarlo por teléfono cuando estamos almorzando y justo que él me está contando algo bien interesante. Y tiene que ir a la casa de al lado porque aquí no hay teléfono y cuando vuelve ya no se acuerda de lo que estábamos hablando. También se le ocurre a la gente inscribirse en algo y pasa lo mismo. Así que voy a tener que acostumbrarme a vivir mi vida solo. Y por eso inventé de hacer un circo de fieras enanas. Voy a ir a buscar mis ositos enanos que son los ratoncitos del fundo y tengo que conseguirme una cobra legítima. Por eso salí al campo a buscar una y no encontré más que una lombriz, bastante enorme para ser lombriz, así que podría servir para cobra enana. Aunque es un poco pálida y hay que pintarla. Y me faltaría no más que el león y el tigre enano que podría ser un gato. Y el “estreno” será el domingo en la plaza. Necesito varias jaulas y aserrín para la redondela y un traje de domador y una boletería y nada más. Tengo que arreglar todo eso mañana tempranito.

Faltan nada más que 10 días para la Navidad. Tengo verdaderos nervios pensando en las cosas que me puede comprar mi papá en Estados Unidos. La cuestión es que hace tiempo que no

escriben porque andan viajando y me da miedo que se les acabe la plata antes de comprarme mis regalos. Mientras tanto yo trato de no hacer nada malo y de entretener un poco a la gente de este pueblo que se aburre. Y Carlos Troncoso se hizo socio de mí para esto del circo. Él va a vender los boletos y yo seré el domador. Él va a traer los letreros y aserrín y la función es mañana sábado a las 3 p.m., aunque llueva, y cuesta una luca cincuenta por cuatro personas. Si vienen mil personas son doscientas lucas y si son no más de cincuenta, de todos modos son bastantes lucas. La juanita me está arreglando el traje de acólito colorado como de domador de fieras y yo estoy domando a la cobra que es muy bruta. También se necesita una mesa para la boletería. Yo me conseguí boletos de micro y Carlos tiene que traer algunas fieras que faltan y una bandeja para vender refrescos.

Sábado 16

Resulta que Carlos Troncoso metió la pata cuando pintó los letreros en la plaza. Decían nada más que Debut Hoy: Gran Circo de Fie- y cuando estaba escribiendo “Fie”, antes de poner “ras”, llegó el policía y le quitó el tarro de pintura. Porque el letrero era propiedad de los neumáticos Insa y no se podía pintar encima. Y el policía tuvo que convencerse que Carlos es hijo del bencinero para no llevarlo preso.

La función habría resultado regia si no pasara lo que pasó. Estábamos vendiendo los boletos, es decir ya íbamos a comenzar a venderlos cuando la plaza se empezó a llenar de gente. Y nosotros creíamos que venían al circo y estábamos tan felices, cuando resulta que era para una concentración. Y seguían llegando y llegando y mujeres y hombres y niños y uno se puso a hacer un discurso al medio y no podíamos iniciar la función. Era un desorden, así que fuimos mejor a oír los discursos y a aplaudir, porque decían que después iban a repartir helado. Y gritaban mucho ¡Bravoooo!, con voz ronca, y era todo para reclamar unos derechos. Porque parece que uno tiene una cantidad de derechos, y tampoco tiene por qué ser esclavo porque el mundo es de todos. Y tan grande como es y uno metido en un pueblecito miserable. Y hay que romper las cadenas de la esclavitud y conquistar, etc. Y lo que es justo es justo y la ley pareja no es dura y el abuso con las clases trabajadoras se acabó. Me llegaban a doler las manos de tanto aplaudir y también la garganta de gritar y lo que saqué en limpio es que yo debería estar en Estados Unidos y no en este pueblo retroceso. Y si Javier está allá, ¿por qué no voy a estar yo? Y el mundo es de todos y uno tiene que ser valiente y hacer las cosas.

Dejé mi diario para poder pensar lo que debo hacer para irme a Nueva York y pensé que lo mejor es ser amigo de un aviador. Y no importa haber perdido todo el trabajo del circo si me voy a Estados Unidos porque vale la pena. Y tengo que seguir pensando cómo ser amigo del aviador.

Domingo 17

Esta mañana después de misa llegó el Troncoso a buscarme y nos fuimos al cementerio porque había otra concentración. Y era inútil que yo le dijera la idea del viaje, porque a él lo que le gustan son los discursos y se lleva ensayando de hacerlos y de repente se queda pegado como los discos viejos, y repite y se atora, y aunque escupa, la palabra no le sale. Y mientras yo pienso en el viaje, él hace discursos de la tontera: Que el sudor del pueblo, y la mano callosa y la justicia, etc. Y ya no podemos ser amigos porque yo tampoco puedo pensar mucho de cómo hacer mi viaje, si estoy oyendo discursos. También a mí me cargan las apreturas porque no se ve nada y porque a uno se le andan enredando las orejas en los botones de las chaquetas y la gente es un poco dura en la cintura. Si no peleo con Troncoso es de miedo a que me eche de la sociedad.

Por fin cuando vino la policía a dispersar la concentración, yo aproveché para irme al campo de aviación. Es chico y los avioncitos son casi de juguete, pero vuelan. Y el capitán Parada tiene voz de guerra y el asistente del campo le tiritita. Yo me acerqué haciéndome el tonto y le pregunté:

—¿Es cierto que estos aviones no vuelan muy lejos?

—Depende de lo que encuentres lejos...

—Por ejemplo, Estados Unidos.

—Ahí ha ido muchas veces. Lejos es ir al planeta Marte...

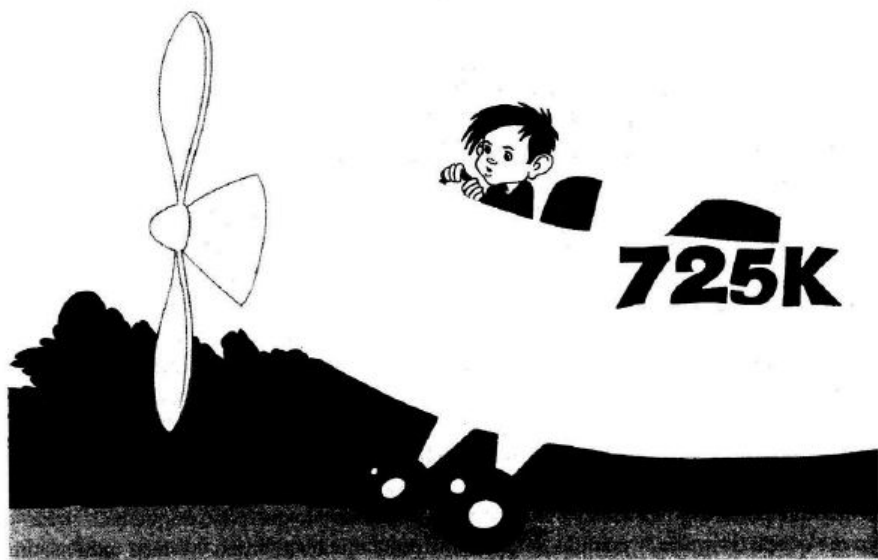
—Nadie ha ido allá —le contesté. Pero era porque me estaba tentando como el diablo la idea de ir a Marte en vez de a Estados Unidos y quería saber más datos. Y también creo, que al Troncoso le caería bien. pero el capitán Parada se rió con su voz de trueno y me contestó:

—Pronto irán, hijo, pronto irán...

Entonces dio un grito; el asistente dio un salto y un tiritón y el capitán Parada se metió en el avioncito. Y lo miré con cara de súplica por ver si me llevaba, pero no hubo caso.

Cuando se elevó, yo me hice amigo de Buquillo, que es el asistente y es como mecánico y limpia el aeródromo y es como rey ahí

porque todos lo conocen y sabe de las máquinas. Y hasta me dejó subirme a una. Y cuando él se fue yo me metí en un avioncito y me acurruqué por si alguien venía a volar y me llevaba. Pero lo que pasó es que nadie vino y yo me quedé dormido. Y cuando desperté me dolía mucho el brazo y estaba todo oscuro y el avión me parece que no estaba en el mismo sitio, así que a lo mejor volé y ni supe.



Cuando llegué a la parroquia tenía tanta hambre que por suerte el cura andaba donde un enfermo y no había comido y cuando volví, él no tenía hambre, así que me comí su plato y el mío. Y me dijo que había pasado por un buen susto por mí y había rezado porque no me hubiera sucedido nada.

—Mejor no rece para eso —le dije—. Porque no crea que voy a volver todas las veces...

—¿Por qué dices eso?

—Porque tal vez me vaya muy lejos. Rece por mí, si quiere, para que me vaya bien, no para que vuelva.

—¿No estás contento en esta casa?

—Yo le diré que tanto como contento, no sé. Un individuo no se acostumbra sin conocer el mundo. Porque es de todos y hay que

hacer justicia social con uno mismo.

Apagó el cigarrillo y me miró para adentro.

—Tú piensas en tus padres —me dijo.

—¿Cómo adivinó?

—No puedes largarte solo a encontrarlos. Ten un poco de paciencia. Cualquier día llegan o te mandan a buscar.

—A mí me han dicho que la paciencia sale a los cincuenta años. Tal vez yo tenga mucha. Pero ahora quiero viajar.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Es un secreto. Cuando vuelva me confesaré con usted.

—Eres un egoísta si no piensas más que en hacer lo que te da la gana. ¿Qué dirán tu mamá y tu tía cuando sepan que has desaparecido?

—Es que no voy a desaparecer. Usted les dirá que estoy en Estados Unidos...

—Es un país inmenso y pueden pasar muchos años antes de que encuentres a tus padres...

Eso es lo malo que tiene la gente grande, que le agua a uno todos los panoramas, como si de por sí no fuera difícil hacer las cosas...

11 de la noche

Menos mal que esta tarde hubo un incendio de verdad y se quemó entera la casa de los Robledo. Y yo fui al incendio y vi todo. Parece que tenían una fiesta y en el alboroto se les olvidó que tenían la bencina de la tintorería y por reventar petardos estalló el tambor y era precioso, como una verdadera atómica. La gente de la fiesta apagaba el incendio y las mujeres se desmayaban y los bomberos corrían y la plaza se veía como un Versalles, dicen. Y lo peor fue que se quemaron los dulces y los sándwiches y los helados. Y ahora voy a dormir en la mecedora en el cuarto del señor cura porque él le dio mi pieza a los Robledo y su cama también y él va a dormir en un sillón. Tengo mucho sueño y es macanudo dormir en una mecedora y tengo unas ganas que sea mañana para ir a buscar en los escombros y encontrar cosas...

Lunes 18

En seis días más es Navidad. El señor cura cree que mi mamá va a llegar ese día, cargada de regalos. Yo me alegro porque me da pena de mí, siempre solo. Hasta los ratones tienen sus padres y los chanchos también.

Por fin pararon de llorar los Robledo porque parece que con la plata del seguro se van a hacer una casa mejor que la otra. Todo el día les llegan visitas y les traen paquetitos de cosas prestadas. Y la Mireya Robledo es como artista de linda y puede ser reina de belleza. Ella está como de novio con uno de la farmacia que es repesado y me manda todo el tiempo para afuera. Total que yo me fui a la pastelería y cuando estaba ahí se me acercó una señorita muy anciana y me preguntó si yo era el “chico” que estaba en la parroquia.

—Sí —le dije yo, y me quedé mirando los pelitos tan largos del lunar. Y por fin ella me dijo:

—¿Eres pariente del señor cura? —y yo meneé la cabeza.

—¿De quién eres hijo?

En ese momento me bajó toda la rabia con mis padres que me abandonaron en este pueblo miserable y le contesté:

—Era...

—¿Eres huerfanito, entonces?

—Casi, al menos es igual...

—¿Se han divorciado tus padres? —me preguntó agachándose y yo aproveché para contarle los pelitos y eran nueve.

—Tal vez —le contesté—. Están en Estados Unidos.

—Pobrecito. Y tú solo en este pueblucho ruin. Seguramente sufres mucho... lindo...

—Seguramente —repetí. Y eso que me dijeran “lindo” cuando hace años que nadie me lo dice, me llenó los ojos de lágrimas.

—No llores. Yo te puedo ayudar porque soy visitadora del juzgado de menores y me interesa tu caso. Si tú me facilitas tu historia

verás que conseguiremos arreglar tu situación. ¿Tus padres no te ayudan en nada? ¿Te envían dinero o cosas, desde allá?

—Ni un solo centavo —contesté—. Ni siquiera chicles.

—El egoísmo moderno —dijo—. Los padres de hoy. Deja que tome nota, hijito...

Saco de su cartera un montón de papeles y por fin una libreta, una lapicera y un anteojito y comenzó a apuntar. Igual como el cura cuando va a casar a alguien. De todo apuntaba.

—¿Desde cuándo estás abandonado?

—Exactamente desde el 15 de noviembre, a las 3 p.m.

—¿Tienen fortuna tus padres?

—Millones —respondí, acordándome de tío Tristán—. Antes éramos pobretones y cuando no teníamos ni con qué pagar la cuenta del agua, justo se murió un tío y les dejó sus millones. Entonces ellos me abandonaron...

—¿Entonces? ¿El señor cura te recogió por lástima, seguramente?

Ella escribía y escribía y yo le contaba las arruguitas de las patas de gallo.

—¿Tienes algún hermano?

—Tenía —le contesté.

—¿Murió, seguramente...?

—Es igual —le dije.

—¿Está en el hospital?

—Sí.



Ella movió la cabeza y casi se le cayeron los anteojos.

—¿En qué hospital?

—En realidad no sé la dirección —le dije.

—¿Tampoco sabrás, cuándo regresarán tus padre, si es que regresan?... En todo caso, puedes estar feliz porque desde este momento quedas a mi protección, y tu caso me interesa más que todos porque es de medio ambiente, de inadaptado social y no sé cuanto más.

Y por fin me dejó tranquilo, pero después que me echó un discurso parecido a los de la plaza. Vamos a ver cómo me va a proteger...

Martes 19

Anoche me desvelé y conversamos con el señor cura hasta bien de noche. Es una lástima que les hayan prestado otra casa a los Robledo porque se van a ir de aquí y entonces voy a tener que dormir solo otra vez. Y es tan entretenido el cura, sobre todo en la noche. Y eso de salvar almas es lo único que verdaderamente le importa. Y me dan ganas de ser apóstol, y tantas me dieron esta mañana que salí a buscar. Pero no encontré ninguna persona en peligro ni gente mala tampoco. Valdría la pena de ser cura si hubiera gente que salvar, pero, tal como son las cosas, no vale mucho la pena. Había un borracho durmiendo en la plaza y yo estuve esperando un rato a que despertara, y como no despertó, lo sacudí. Y él me miró como asustado, entonces yo le dije:

—Es pescado emborracharse, oiga...

—Claro que es pecado —me contestó y volvió a cerrar los ojos.

Y yo lo volví a sacudir.

—Si usted se muere en pecado, se condena —le advertí.

—¿Y a ti qué te importa, mocoso insolente? —me contestó. Yo me enojé de santa ira, que es distinta a la rabia, y ya le iba a hablar del vicio, cuando me vino un terrible apretón y me dominé por todos lados sin decir palabra. Entonces el viejo aprovechó y me largó un discurso de “qué te crees tú que vienes a predicar y no dejas en paz a un anciano enfermo que descansa en un banco de la plaza y le quitas su sueño que es sagrado, etc.”. Total que no era ni borracho y yo apenas alcancé a llegar a la parroquia.

En la tarde volvió la visitadora y resulta que es cuñada del capitán Parada y cuando yo le dije que quería ser amigo de él, me convidó a tomar té a su casa. Y voy a ir mañana y tengo que conseguir que la Juanita me lave la camisa y el pantalón porque sino va a creer que soy cochino.

Entonces, voy a conseguir que me lleve a Estados Unidos en su avión y no me importa quedar bajo su protección, con tal de que sea allá. Porque yo sé que encuentro a mi mamá poniendo algún aviso. Y el aviso sería así: “Baratura, liquidación. ¡Regalamos! A la señora X la necesita su hijo en tal parte”.

La mamá lee todos los avisos de baratura o liquidación y me encontraría al tiro.

Miércoles 20

Yo sé que en cuatro días en Navidad, pero no me importa tanto porque ahora la voy a ir a pasar a Nueva York en familia...

Quedó todo arreglado con el capitán Parada, mejor dicho con la cuñada que es la visitadora y mi protectora. Porque él no estaba en el té ni tampoco su señora, sino que sus hijos que son todos inadaptados sociales en su propio ambiente, según me dijo la señorita Ruth y me explicó que no son niños alegres. Ella apuntó todo lo que yo le dije, y no me importa que lo apunte porque me puede servir para encontrar a mis padres. Y saldré con el capitán Parada pasado mañana a las 10 para llegar a Miami al día siguiente y estar con mis padres. Y ella se va a conseguir la dirección que le dejó mamá a la tía Rosarito por si así es más fácil encontrar a mi mamá.

Yo estoy muy feliz de irme y lo único que me da un poco de pena es el señor cura, porque se había preparado tanto para la fiesta de Navidad que le íbamos a hacer a los niños pobres los dos y el reparto de juguetes y la sorpresa que él me tenía. Y también me da mucha pena el Napoleón, pero dice la señorita Ruth que no hay caso de llevarlo en el avión.

Le escribí una carta al señor cura y se la voy a dejar en mi almohada el día que me vaya. Dice así:

“Querido señor cura:

Es mejor que me perdone porque si el avión se cae y usted no me ha perdonado, la culpa es suya si yo me condeno. Me voy a buscar a mis padres con el capitán Parada que me cuidará. Siento mucho no ayudarlo a la misa esta mañana, pero a mi vuelta vendré y le ayudaré todas las misas que quiera. No se olvide de dirigir el desfile del Napoleón en la mañana. Ahora que no estoy me echará de menos, así que sea usted presidente del Socopebue para que no me echen de menos. Dígale a la tía que le escribiré y saluda a la Juanita. El tirabuzón quedó atrás de la máquina fotográfica.

Muy agradecido su atto. y ss.q.l.d.f.

Papelucho”

Y ahora tengo que arreglar mi paquetito de ¡Súper feliz!

Sábado 24

¡Chitas! ¡Requitechitas que estoy contento! ¡Mañana llega mi mamá! ¡Choriflá! ¡Requitechoriflá flor! ¡Y más buena suerte porque también es el día de Navidad! Estoy feliz todo entero. ¡Súper feliz!

Resulta que estábamos almorzando con el cura, comiendo cabellos de ángel con sal, cuando lo vinieron a buscar del teléfono y yo lo acompañé porque siempre los llamados son para algo terrible.

—¡Tanto gusto de saludarla, misiá Rosarito! —dijo el cura, y yo pensé que alguien ya le había llevado el cuento de que me iba yo con el capitán Parada.

—¡Vaya, vaya, cuánto me alegro! —decía el cura, y yo dale con pensar que se alegraba de saberlo o de que la tía nos iba a venir a ver. Pero apenas colgó el fono y me dijo: “¡Mañana llegan tus padres y tu hermano!”, me dio un gusto-pena y una risa-atoro y una felicidad completamente feroz. Y me dio por reírme y reírme todo entero y con nervios de que se acabara “hoy” altiro y fuera “mañana”.

—Nos vamos en el primer tren, apenas diga la misa —dijo el cura— y te llevaré directamente al aeropuerto para volverme ipso facto y celebrar Navidad con los míos.

Yo le quería decir que mejor nos fuéramos en ipso facto y él se volviera en cualquier cosa, pero resulta que yo no podía hablar sino que solamente reírme.

Ni tuve que arreglar mi maleta porque tenía listo mi paquetito para mi viaje a Estados Unidos. ¡La suerte que ni alcancé a irme, porque me habría cruzado con mi mamá! Yo mapa arriba volando y ella volando mapa abajo...

En vez de ir en un avioncito foche, ahora vamos viajando a Santiago con el señor cura en un regio vagón de tercera clase de los Ferrocarriles del Estado que tiene su ruido propio y ni se puede hablar, por eso escribo mi diario

Mientras llega el avión al aeropuerto, voy a telefonarle al señor que me regaló este libro para que me traiga mi plata y se la voy a dar al cura para que le compre muchos regalos a su gente.

Ahora estoy feliz que la mamá se fuera a Estados Unidos

porque si no se hubiera ido no podría volver.



Marcela Paz

Marcela Paz es el seudónimo más conocido de Ester Huneeus Salas.

Nacida en Santiago el 29 de febrero de 1902, fue la segunda hija de una familia de ocho hermanos. Se educó en su casa, nunca fue al colegio. De adolescente, estudió escultura en la Escuela de Bellas Artes.

En 1933 publicó su primer libro de cuentos "Tiempo, Papel y Lápis" y dos años más tarde fue editada otra obra suya: "Soy Colorina", en la cual ya dejó ver su interés por el universo infantil.

Fue creadora de uno de los personajes más perdurables en la historia de la literatura chilena: Papelecho, escrito en 1934 y publicado por primera vez en 1947. Un niño que, a través de su diario, trasciende los límites de nuestro país siendo editado en varios lugares del mundo. Las experiencias de Papelecho, escritas por él mismo, están contenidas en doce títulos que configuran una colección. Clásico de la literatura infantil chilena, el nombre Papelecho proviene del apodo Pepe Lucho, como llamaban a José Luis Claro, el marido de Ester Huneeus, con quien tuvo cinco hijos.

También aparecieron sus novelas "La Vuelta de Sebastián" y "A pesar de mi tía". Marcela Paz, además, es coautora con Alicia Morell, destacada escritora infantil chilena, en otro clásico infantil: "Perico trepa por Chile".

Han sido publicados también, en numerosas ediciones otros títulos infantiles, entre los que se cuentan "Muselina Pérez Soto", "Los Pecosos", "El Soldadito Rojo" y "Los Secretos de Catita".

Títulos de esta colección

Papelecho
Papelecho y el marciano
Papelecho casi huérfano
Papelecho historiador
Papelecho detective
Papelecho en la clínica
Papelecho perdido
Papelecho mi hermana Ji
Papelecho misionero
Papelecho mi hermano hippie
Papelecho en vacaciones
Papelecho ¿Soy dix-leso?



La escritora no dedicó todo su tiempo a la literatura. A muy temprana edad, fundó la Sociedad de Ciegos Santa Lucía, de la cual fue la Secretaria Ejecutiva durante 25 años. Formó y dirigió entre 1964 y 1979 la Organización Internacional del Libro Juvenil (IBBY) y perteneció a la Sociedad de Escritores de Chile.

A lo largo de su vida obtuvo varios premios y galardones literarios, los que culminaron con el Premio Nacional de Literatura en el año 1982.

Falleció el 12 de junio de 1985 en Santiago.